

Las afecciones de la Iglesia terrenal o Pese a la enseñanza de Jesucristo

Fornicio en la Iglesia *Respecto al problema del homosexualismo*

*Conozco tu conducta: tus fatigas y paciencia;
y que no puedes soportar a los malvados y que
pusiste a prueba a los que se llaman apóstoles
sin serlo y descubriste su engaño. (Ap 2: 2)*

La ausencia de la claridad en el concepto teológico sobre el cuerpo humano, de la que hablé en el capítulo “Confusiones respecto al cuerpo de la resurrección”, inevitablemente llevó al hombre a la veneración excesiva de su cuerpo exterior, incluso, en cierto sentido, a su adoración. Como consecuencia, en algunas confesiones cristianas se mostró una clara tendencia a la revisión de la ley moral prescrita en los Antiguo y Nuevo testamentos de la Biblia. En particular, la revisión se refiere al problema del “amor” homosexual, cuyos partidarios ya comenzaron a penetrar en la Iglesia originando en ella una crisis religiosa y moral.

Ahora para nadie es un secreto ni el hecho de la bendición de las uniones del mismo sexo -tanto en una considerable parte de las Iglesias luteranas y reformadas como en las Iglesias que pertenecen a la comunidad anglicana-, ni el hecho de la ascensión de las personas que practican homosexualismo y lesbianismo al rango de sacerdotes y obispos en algunas de ellas, por ejemplo, en la Iglesia episcopaliana de los Estados Unidos que pertenece a la comunidad anglicana y desde el 2010 se dirige por Mary Douglas Glasspool, abiertamente lesbiana. Y este proceso a pesar de la protesta de muchos de los teólogos de las mismas Iglesias, tiene una tendencia a la difusión. Sus brotes intentan penetrar incluso en la Iglesia católica, cuya enseñanza oficial declara:

“Los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados” (Congregación para la Doctrina de la Fe, Decl. *Persona humana*, 8). Son contrarios a la ley natural. Cierran el acto sexual al don de la vida. No proceden de una verdadera complementariedad afectiva y sexual. No pueden recibir aprobación en ningún caso.”¹

1. Catequismo de la Iglesia católica. Cap II, art. 6: IV. Castidad y homosexualidad (§§ 2357-2359)

http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p3s2c2a6_sp.html#IV%20Las%20ofensas%20a%20la%20dignidad%20del%20matrimonio. Véase también “Carta a los obispos de la Iglesia Católica sobre la atención pastoral a las personas homosexuales.” Roma, desde la sede de la Congregación para la doctrina de la fe, 1º de octubre de 1986.
<http://es.catholic.net/sexualidadybioetica/340/1312/articulo.php?id=6760>

Y por eso la misma propone a los homosexuales una vida de castidad salvadora.

Como se sabe, uno de estos brotes es el libro “La Iglesia y el homosexual” publicado en 1976 en Boston.² En él su autor John J. McNeil, un sacerdote jesuita, declara que cualquier orientación sexual es don de Dios y debe ser aceptada con el agradecimiento. Aunque la Congregación para la Doctrina de la Fe condene su libro y a él lo excluya de la Compañía de Jesús, él no se queda el único defensor de tal opinión. Casi al mismo tiempo con él Curran Charles, un sacerdote católico,³ criticando en sus publicaciones la enseñanza oficial de la Iglesia católica, exige “innovaciones” en ella también en lo que se refiere al problema del homosexualismo. Y a pesar de que en 1986 la misma Congregación para la Doctrina de la Fe (presidida por el cardenal Josef Ratzinger) lo privó del derecho a enseñar en la Universidad Católica de América, él sigue declarando a sí mismo católico y a la vez continúa defendiendo sus puntos de vista.

Además de la Iglesia católica oficial, la práctica del homosexualismo y del lesbianismo también la consideran como un pecado todas las Iglesias ortodoxas, la Iglesia apostólica armenia, La Convención Bautista del Sur y algunas otras confesiones cristianas. Argumentando sus puntos de vista esas Iglesias insisten en lo que los órganos sexuales del hombre y de la mujer están predestinados por la naturaleza para la procreación, por eso el homosexualismo no es otra cosa que una deformación concupiscente y peligrosa. La semejante posición suya, sin embargo, no impide a los homosexuales penetrar también en el ambiente de estas Iglesias causando en ellas unos escándalos sexuales que periódicamente sacuden a sus fieles.

Como resultado, la Iglesia de Jesús en la tierra hoy está pasando por un conflicto interno muy grave, cuyas raíces yaciendo en la gran profundidad se condicionan por las concesiones de las tendencias sociales, que la Iglesia hacía al acomodarse a las nuevas prioridades, es decir, intentando habituarse al genio que dictaba el mundo carnal. Paradójicamente lo hacía para no perder su rebaño, aun a costa de la desviación del recto camino cristiano. Así, a lo largo de los siglos la Iglesia se alejaba más y más de Jesucristo yendo hacia precisamente aquella misma “carne” que Él crucificó legando, además, que la “crucifiquen” también todos sus seguidores para merecer la resurrección a la Vida verdadera. Y ahora esa misma carne – lamentablemente, no sin ayuda de la Iglesia – nuevamente adquirió un gran poder sobre el hombre y quiere someterlo bien a sus instintos haciéndolos pasar por las leyes naturales. El argumento principal de los que practican el homosexualismo y lesbianismo consiste en lo que la orientación sexual del hombre es predeterminada genéticamente y no representa su elección, - por eso no puede considerarse como un pecado.

Observemos, sin embargo, que el homosexualismo es, en realidad, una mutación genética. Y las mutaciones genéticas, como se deduce de los experimentos hechos con los animales, en dado caso pueden ser -y más probablemente son- los resultados de las perversiones sexuales cometidos por alguien en la generación familiar. Sus consecuencias pueden manifestarse en los desordenes genéticos de algunos de sus descendientes carnales – prójimos o lejanos - sin afectar visiblemente a los otros.

Esos desordenes se vinculan con las alteraciones de la Ley de Dios. Según la Biblia que forma base de la fe cristiana - y, consiguientemente, de las Iglesias denominadas como cristianas, - el concepto del “hombre” incluye sólo dos especies: al varón y a la mujer. Su unidad fue ideada como aquel recipiente que el Señor había creado para su morada. Y aunque después del caer el hombre esa unidad se dividió en sí misma, sigue

2. *McNeil John J.* The Church and the Homosexual. Boston: Beacon Press, 1976.

3. *Curran Charles E.* Loyal Dissent: Memoir of a Catholic Theologian. Georgetown University Press, 2006.

personificando -incluso en una forma alterada- el misterio de la unión de Dios con el hombre.⁴ El objetivo de la Ley dada al hombre carnal es remediar esa alteración primordial y cuando la Ley no se cumple, eso ocurre por la inversión de las prioridades del hombre, cuando él contrapone a la Palabra de Dios el deseo de su carne – en este caso el deseo sexual que se convierte en una prioridad para él. Pero su constante satisfacción muy pronto tanto en el varón como en la mujer causa hartazgo y sus carnes comienzan a exigir y buscar cada vez nuevas formas para calmar sus lujurias. Así el heterosexualismo natural pasa al homosexualismo, a la bestialidad y a las otras aberraciones. Todas estas se consideran pecados, precisamente porque provocan mutaciones genéticas y desordenes mentales que destruyen la vitalidad de la constitución humana y por eso son en su esencia equivalentes al homicidio tanto al nivel espiritual como al nivel físico. Significa que el precepto “no matarás” no sólo se refiere a la prohibición de matar al otro, sino también a la prohibición de matar a sí mismo. Así, cualquier pecado es mortal, incluyendo el homosexualismo. Uno de los puntos de la ley de Moisés particularmente de este dice:

“No te acostarás con varón como con mujer; es abominación.” (Lev 18: 22)

Y un poco más abajo añade exigiendo hasta medidas extremas para los practicantes del homosexualismo:

“Si alguien se acuesta con varón, como se hace con mujer, ambos han cometido abominación: morirán sin remedio; su sangre caerá sobre ellos.” (Lev 20: 13)

Pero si el Antiguo Testamento se muestra tan categórico respecto a los homosexuales, el Nuevo Testamento a todos los pecadores les da un chance para la salvación, que consiste en la aceptación del sacrificio de Jesucristo y en la relacionada con ella *renuncia* a todo tipo de prácticas desordenadas. En este sentido es muy significativo el fragmento bien conocido del Evangelio según Juan, donde los defensores de la Ley, que sorprendieron a una mujer en flagrante adulterio, dicen a Jesús:

“Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices?”

Y cuando Él contesta:

“Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra”,

ellos, como nos cuenta el apóstol,

“al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y se quedó solo Jesús con la mujer, que seguía en medio. Incorporándose Jesús le dijo: «Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?» Ella respondió: «Nadie, Señor.» Jesús le dijo: «Tampoco yo te condeno. Vete, **y en adelante no peques más.**»”(Jn 8: 4-11)

La frase “y en adelante no peques más” significaba que no sigas más a las pasiones de la carne, sino somételas a la voluntad de Dios, incluso cuando eso te haga padecer en la carne. Ya después del autosacrificio del Señor el apóstol Pedro así describe la requerida transformación de los creyentes:

4. Véase de esto en mi libro “Los seis días de la creación y el día séptimo”, Libro.I, Partes 1 y 2: “Adán en el paraíso” y “La caída”.

“Ya que Cristo padeció en la carne, armaos también vosotros de este mismo pensamiento: quien padece en la carne, ha roto con el pecado, **para vivir ya el tiempo que le quede en la carne, no según las pasiones humanas, sino según la voluntad de Dios.** Ya es bastante el tiempo que habéis pasado obrando conforme al querer de los gentiles, viviendo en desenfrenos, liviandades, crápulas, orgías, embriagueces y en cultos ilícitos a los ídolos.” (1 P 4: 1-3)

Y si el apóstol Pedro se refiere aquí a todos los pecados sin especificar el homosexualismo, el apóstol Pablo tanto el homosexualismo como el lesbianismo define como “pasiones infames” y su origen directamente vincula con el desorden mental:

“...se ofuscaron en sus razonamientos –dice él - y su insensato corazón se entenebreció: **jactándose de sabios se volvieron estúpidos**, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles. **Por eso Dios los entregó a las apetencias de su corazón hasta una impureza tal que deshonoraron entre sí sus cuerpos; a ellos que cambiaron la verdad de Dios por la mentira**, y adoraron y sirvieron a la criatura en vez del Creador, que es bendito por los siglos. Amén. **Por eso los entregó Dios a pasiones infames; pues sus mujeres invirtieron las relaciones naturales por otras contra la naturaleza; igualmente los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se abrasaron en deseos los unos por los otros, cometiendo la infamia de hombre con hombre, recibiendo en sí mismos el pago merecido de su extravío.**”(Rom 1: 21-27)

Ese “pago merecido de su extravío” recibido “en sí mismo” del que habla el apóstol se refiere justamente a las desviaciones genéticas, mencionadas arriba, cuales aparecieron como consecuencia de la corrupción de la carne que guerra contra la Ley de Dios, prescrita, según el apóstol Pablo, precisamente para los pecadores con el fin de que aprendan a dominar las pasiones de su carne y dando lugar al espíritu de Dios, preparen de este modo su propia salvación.

“Ya sabemos – dice él - que la Ley es buena, con tal que se la tome como ley, teniendo bien presente que la ley no ha sido instituida para el justo, sino para los prevaricadores y rebeldes, para los impíos y pecadores, para los irreligiosos y profanadores, para los parricidas y matricidas, para los asesinos, adúlteros, homosexuales, traficantes de seres humanos, mentirosos, perjuros y para todo **lo que se opone a la sana doctrina**, según el Evangelio de la gloria de Dios bienaventurado, que se me ha confiado.” (1 Tm 1: 8-11)

De ahí se ve también que la Ley se basa en *la sana doctrina*, mientras que los homosexuales nombrados junto con los otros pecadores se determinan como *opponentes a esta sana doctrina*. Por eso a aquellos que obran contra la sana doctrina el apóstol los iguala a los *injustos* que no pueden heredar el Reino de Dios:

“¿No sabéis acaso – dice él en otro lugar - que los injustos no heredarán el Reino de Dios? ¡No os engaños! Ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los ultrajadores, ni los rapaces heredarán el Reino de Dios.” (1 Cor 6: 9-10)

En su relato sobre los últimos tiempos el profeta Esdras así describe las consecuencias de la propagación del homosexualismo llamándolo por el nombre de la tristemente conocida ciudad Bíblica Sodoma habitada por los homosexuales (Gen 19: 5):

“El mar sodomítico arrojará a los peces y dará voces por la noche, las cuales muchos no comprenderán, mas todos las oirán; y habrá caos por muchos lugares, y se desatará el fuego con frecuencia, y las bestias del campo transmigrarán, y las mujeres en menstruación parirán

monstruos; y en las aguas dulces se encontrará sal, y todos los amigos se pelearán entre sí.” (4 Esdras 5: 7-9)

Esas palabras del profeta atestiguan precisamente las mutaciones genéticas que proceden de la corrupción del hombre y exponen al peligro del exterminio a toda la Creación de Dios. Por eso, según la Sagrada Escritura, el Señor no tendría ninguna otra salida excepto salvando a pocos justos aniquilar a toda la humanidad en el fuego. Su fin se describe en la Biblia del siguiente modo:

“Entonces Yahveh hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte de Yahveh.” (Gen 19: 24)

Este “castigo” es tanto evidente como simbólico y también no es casual, pues las pasiones destructivas del hombre asemejan al fuego que quema su carne por dentro y por fuera. Además, el “castigo” se refiere a la vez a los tiempos y al final de los tiempos. Actúa tanto al nivel humano como al nivel de los países y de toda la humanidad. Por eso el relato bíblico sobre Sodoma y Gomorra supone todos esos niveles y se ha dado al hombre *como enseñanza*.

“Quemaste con el fuego y azufre a los sodomitas arrogantes – leemos en el tercer libro de los Macabeos - que abiertamente hacían mal y los **pusiste de ejemplo para los descendientes.**” (3 Mac 21: 5)⁵

Lo mismo afirma también el apóstol Judas diciendo:

“Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, que como ellos fornicaron y *se fueron tras una carne diferente*, padeciendo la pena de un fuego eterno, **sirven de ejemplo.**” (Jud 7)

La ciudad Sodoma también aquí se menciona simbólicamente. En general es menester notar que la Biblia en su esencia está construida sobre la contraposición de dos “ciudades” que corresponden a dos estados del hombre y de la humanidad. Una de ellas se llama *Jerusalén* y supone el aspecto puro e incorrupto del hombre vivo y de la humanidad viva, y la otra - dependiendo del sentido que lleva -, ora se llama *Egipto*, ora Sodoma, ora *Babilonia*, y simboliza al hombre y a la humanidad muertos en sus pecados, es decir, contrarios a la Vida. Precisamente por eso en el Apocalipsis de Juan se dice que los cadáveres de esta humanidad muerta se dejarán

“en la plaza de la Gran Ciudad, que simbólicamente se llama Sodoma o Egipto, allí donde también su Señor fue crucificado.”(Ap 11: 8)

Lo dicho significa que los pecadores que no se arrepintieron, se quedarán fuera de la Vida. Y como la Vida, tirando por largo, está vinculada con el concepto “hombre”, lo mismo significa también la ausencia del hombre. En otros términos, *Sodoma* que simboliza la corrupción moral de la humanidad; igual que *Egipto* que simboliza la riqueza material de la civilización humana, su fuerza física y científica; igual que la *Babilonia* que simboliza la humanidad confundida por el gran número de las diferentes concepciones del mundo que se chocan y se contraponen entre sí, nunca se llenarán de

5. Traducción del ruso. [«Ты сожег огнем и серою Содомлян, поступавших надменно, явно делавших зло, и поставил их в пример потомкам»] Véase: Библия (Синодальный перевод), 1983 Изд-во «Жизнь с Богом» Брюссель, 3 Кн.Маккавеев 2: 5.

Vida y, como predice el profeta Jeremías, en ellas nunca más vivirá el hombre.

“Cual la catástrofe de Sodoma y Gomorra y sus vecinas - dice Yahveh - donde no vive nadie, ni reside en ellas ser humano.” (Jr 49: 18)

Aquí se habla del mundo en el cual el Señor fue crucificado, del mundo carnal o físico, del cual se puede salvarse sólo después de “crucificar” su carne que lleva en sí misma todos los instintos desordenados y mortales. Este es el mundo ajeno al Señor Quién dijo: “no soy de este mundo”. El dicho mundo se ha llamado *Sodoma*, porque aunque el pecado de sodomía representa sólo una de las lujurias destructivas de la carne, simboliza a la vez toda la anormalidad de cualquier pecado para con tanto al objetivo de la Creación, que se cumpla en el día séptimo, como al aspecto que la humanidad (Adán) tenía en el primer día antes de su caída -, a propósito, permitida por Dios para que el hombre pasando por todas las pruebas relacionadas con ella, elija conscientemente la pureza y santidad que desde el principio fueron predestinadas para él. Pero mientras eso ocurra, el hombre, por el designio de Dios, debe vivir en un ambiente peligroso, mortífero e impropio a él. Y para que pueda sobrevivir en tales condiciones, el Señor lo transformó vistiéndolo en las “túnicas de piel”. Esas “túnicas de piel” sirven tanto para la prueba como para la defensa de su alma de todo tipo de daños. A la vez las mismas le dan un chance de salvación del que él podría aprovecharse, si desea, a fin de que su alma creada para la vida eterna no muera junto con su cuerpo mortal.

Así que, aunque sea chocante hasta para las personas más justas, quienes, sin embargo no se dan cuenta en la esencia y la escala de la caída humana, hay que reconocer que este mundo *es maldito* por la causa de la caída del hombre, como lo he dicho ya muchas veces. De esa maldición Dios dice directamente a Adán:

“Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, *maldito sea el suelo por tu causa*: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tomarás.” (Gen 3: 17-19)

Jesucristo al venir en carne nos recordó esa verdad bien olvidada por entonces, cuando dijo:

“No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo - la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas - no viene del Padre, sino del mundo.” (1Jn 2: 15-16)

O cuando declaró:

“Mi Reino no es de este mundo.” (Jn 18: 36)

Y lo repitió en otro lugar diciendo:

“Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.” (Jn 8: 23)

Además, al sacrificar su cuerpo visible Él mostró al hombre el camino de la salvación de este mundo de las ilusiones rotas y de la vuelta al mundo de los vivos a través de la

“crucifixión” de su carne, es decir, a través de la renuncia a las lujurias carnales y deseos vinculados con este mundo caído. Diciendo en otros términos, Él nos mostró que para alcanzar el mundo de los Vivos, es *necesario morir para los elementos de este mundo*. Como dice el apóstol,

“...los que son de Cristo Jesús, **han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias. Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu.**” (Gal 5: 24-25)

En relación con todo esto preguntémosnos: ¿se puede decir que los clérigos que practican homosexualismo “crucificaron su carne con sus pasiones y sus apetencias”? ¿Si obran ellos y si viven, según el espíritu, cuando se dedican a la defensa de las exigencias homosexuales de su carne y a la implanta de su legitimidad en la conciencia de los muchedumbres, cuando ignoran o malinterpretan los dichos de los apóstoles citados arriba? Pues el apóstol Pablo reprochando a los que creyéndose ser cristianos siguen siendo adeptos de los elementos terrenales y de la lógica terrenal, decía:

“Una vez que habéis muerto con Cristo a los elementos del mundo ¿por qué sujetaos, como si aún vivierais en el mundo” (Col 2: 20)

La misma pregunta podríamos hacer a los clérigos que practican homosexualismo y, como se ve, están muy “sujetos a los elementos del mundo”, porque no han “muerto con Cristo” y no quieren mortificar su carne, como lo exige el apóstol diciendo:

“mortificad vuestros miembros terrenos: fornicación, impureza, pasiones, malos deseos y la codicia, que es una idolatría.” (Col 3: 5)

Ciertamente son idólatras, porque la idolatría no es otra cosa que el servicio a la carne. Pero ya que este mundo se caracteriza precisamente por el servicio a la carne, o al cuerpo externo, el apóstol, para que nadie lo confunda con el mundo Divino, marca que la enseñanza cristiana no es de este mundo:

“...os hago saber, hermanos, que **el Evangelio anunciado por mí, no es de orden humano**, pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo. (...) Mas, cuando Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase entre los gentiles, al punto, **sin pedir consejo ni a la carne ni a la sangre.**” (Gal 1: 11-12, 15-16)

Con esta declaración él muestra también que los intereses de la sangre y de la carne, sobre los cuales está construido este mundo son contrarios a los intereses del Espíritu de Dios que recibieron los apóstoles, y que no se los puede confundir. Es por eso que el apóstol Pablo indica la presencia de dos espíritus principales: del espíritu de este mundo y del espíritu de Dios. En otro lugar bien distinguiéndolos él así repite la misma idea:

“Y nosotros **no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios**, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también **hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales. El hombre naturalmente** ⁶ **no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necesidad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser**

6. Aquí, según el sentido, sería más correcto traducir “el hombre *natural*”, ya que este se contrapone al “hombre de espíritu”

juzgadas. En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo.” (1 Cor 2: 12-16)

Así que la Palabra de Dios no se entiende por la “sabiduría humana” orientada a la carne, como intenta hacer el hombre carnal (o natural), mientras que la sabiduría de Dios viene del Espíritu Divino. Por eso enseñándonos a discernir y distinguir a esos espíritus los apóstoles se dirigen sólo por “la mente de Cristo”.

“Las obras de la carne – dice el apóstol Pablo refiriéndose al espíritu de la carne - son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios. En cambio el fruto del Espíritu - continúa refiriéndose al Espíritu de Dios - es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley.” (Gal 5: 19-23)

o en otro lugar hablando del “fruto de la luz” que es el mismo fruto del Espíritu de Dios:

“el fruto de la luz – dice - consiste en toda bondad, justicia y verdad”. (Ef 5: 9)

Siendo atento a todo lo citado uno no logra entender, ¿cómo argumentan su pertenencia al cristianismo quienes a la Palabra de Dios contraponen las exigencias homosexuales (u otras) de su carne y aun más, cuando lo hacen los clérigos y obispos de la Iglesia que lleva el nombre de Jesucristo en tanto que el Señor exige *la santidad* de sus seguidores?

“Esta es la voluntad de Dios – dice el apóstol Pablo: - **vuestra santificación; que os alejéis de la fornicación, que cada uno de vosotros sepa poseer su cuerpo con santidad y honor, y no dominado por la pasión, como hacen los gentiles que no conocen a Dios.**” (1 Tes 4: 3-5)

¿Cómo, entonces, ellos administran la Iglesia, cuando los apóstoles exigen de los eclesiásticos no tratarse con las personas que se quedan en la Iglesia sin arrepentirse de sus pecados y continuando pecar?

“Al escribiros en mi carta que no os relacionarais con los impuros, - explica el apóstol Pablo - no me refería a los impuros de este mundo en general o a los avaros, a ladrones o idólatras. De ser así, tendríais que salir del mundo. ¡No!, os escribí **que no os relacionarais con quien, llamándose hermano, es impuro, avaro, idólatra, ultrajador, borracho o ladrón. Con éstos ¡ni comer!** Pues ¿por que voy a juzgar yo a los de fuera? ¿No es a los de dentro a quienes vosotros juzgáis? A los de fuera Dios los juzgará. **¡Arrojad de entre vosotros al malvado!**” (1 Cor 5: 9-13)

Es sorprendente, que a pesar de estas y muchas más indicaciones del Señor y de los apóstoles, los que practican homosexualismo siguen insistiendo en sus derechos de ser sacerdotes de la Iglesia cristiana, hasta encabezarla y bendecir las uniones homosexuales. Es evidente que bajo el nombre de Jesucristo ellos construyen su propia iglesia, la iglesia del “hombre viejo” que, como marca el apóstol Pablo,

“se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias.” (Ef 4: 22)

Y lo hacen *a pesar de* la llamada del apóstol

“a despojar(se), en cuanto a (su) vida anterior, del hombre viejo” (Ef 4: 22),

a pesar de su advertencia que

“ningún fornicario o impuro o codicioso - que es ser idólatra - participará en la herencia del Reino de Cristo y de Dios.” (Ef 5: 5);

a pesar de lo que los cristianos, según él, están llamados a ser

“irreprochables e inocentes, hijos de Dios sin tacha en medio de una generación tortuosa y perversa, en medio de la cual brilláis como antorchas en el mundo” (Flp 2: 14-15).

A pesar de todo esto ellos se obstinan a continuar viviendo, según las costumbres de la “generación tortuosa y perversa” y en lugar de ser antorchas en el mundo, lo hunden más y más en la oscuridad de la ignorancia. Mientras tanto los apóstoles verdaderos renuncian a todo tipo de los instintos desordenados de la carne y así de los muertos se transforman a los vivos.

“Y a vosotros – dice el apóstol Pablo - **que estabais muertos en vuestros delitos y pecados**, en los cuales vivisteis en otro tiempo según el proceder de este mundo, según el Príncipe del imperio del aire, el Espíritu que actúa en los rebeldes... entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo en medio de las concupiscencias de nuestra carne, siguiendo las apetencias de la carne y de los malos pensamientos, destinados por naturaleza, como los demás, a la Cólera... Pero Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos ama, estando muertos a causa de nuestros delitos, **nos vivificó juntamente con Cristo** - por gracia habéis sido salvados - y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios.” (Ef 2: 1-8)

De esas palabras del apóstol sigue la conclusión, que los sacerdotes que practican homosexualismo, siguen siendo “muertos a causa de sus delitos”; que ellos no reconocieron el sacrificio de Cristo o no lo entendieron; que viven, “según el Príncipe del imperio del aire, el Espíritu que actúa en los rebeldes” y no según Jesucristo, y por eso no son “vivificados juntamente con Cristo”. Y aunque, como he dicho, tienen un chance de salvación que consiste en la abstención de las lujurias, lo que hacen es sólo intentan a consolidar su pecado en la Iglesia.

Sin embargo, hay que marcar nuevamente que todo lo dicho no se trata sólo a los que practican homosexualismo, sino a todos los pecadores, sea cual sea su pecado, pues todos han llamados a la santidad y abstención. El humanitarismo del hombre en su sentido alto se manifiesta justamente con el aferrarse a la adquisición del poder sobre sí mismo, sobre su cuerpo, con el sometimiento de su cuerpo a la razón Divina. **La gracia salvadora de Cristo sólo entonces toca al hombre, cuando él, reconociendo sus pecados y arrepintiéndose de ellos deja de pecar**, ya que Jesús tomó en sí Mismo sólo aquellos pecados que uno comete antes de conocerlo a Él y su Palabra. “Vete, y en adelante no peques más”, dice Él a todos, cuyos pecados subió consigo a la cruz. Pero si el hombre insiste en sus concupiscencias aun después de conocerlo a Él y su Palabra, entonces, como dice el apóstol,

“más les hubiera valido no haber conocido el camino de la justicia que, una vez conocido, volverse atrás del santo precepto que le fue transmitido. Les ha sucedido lo de aquel proverbio tan cierto: «el perro vuelve a su vómito» y «la puerca lavada, a revolcarse en el cieno».” (2P 2: 21-22)

Al portarse así, el hombre de hecho anula para sí mismo el significado del sacrificio del Señor y por eso su gracia salvadora no le concierne, él deja de ser un seguidor del Señor, incluso si de palabra se denomina cristiano. Pues el cristiano en esencia es un pecador transformado o vivificado. Precisamente como tales se reconocieron a sí mismos también los apóstoles.

“También nosotros – dice el apóstol Pablo - **fuiamos en algún tiempo insensatos, desobedientes**, descarriados, esclavos de toda suerte de pasiones y placeres, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles y aborreciéndonos unos a otros. **Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres, él nos salvó**, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna.” (Tito 3: 3-7)

Todos nosotros fuimos antaño “esclavos de toda suerte de pasiones y placeres”, pero al conocer a Cristo comenzamos a odiar el pecado, pues pecar significa obrar contra la Ley de la Vida establecida por Dios. Uno no puede decir que cree en el Creador y al mismo tiempo no obedecer a su Ley. De esto se concluye que para salvarse es necesario ahondarse en la Palabra de Dios, buscar su esencia y de ningún modo ajustarla a las exigencias de la carne. Sólo la Palabra (Jesucristo) de la mente Suprema (del Padre) puede salvar al hombre, porque ella es el pan verdadero de su Vida.

“No seáis insensatos, - dice el apóstol, - sino comprended cuál es la voluntad de Señor. No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje; llenaos más bien del Espíritu. Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor.” (Ef 5: 17-19)

Pero no se puede “cantar y salmodiar en corazón al Señor”, sin entender la esencia de su Palabra. Mas cuando la misma se hace el patrimonio del hombre, entonces cualquier palabra que él pronuncie y cualquier acción que realice sería un “cantar y salmodiar al Señor”.

Lamentablemente, un gran número de los sacerdotes llamados por el Cristo a llevar a los cristianos *no por el camino de este mundo, sino contra él*, los llevan contrariamente por el camino de este mundo y no contra él, porque no entienden del todo la esencia de la Palabra del Señor, porque, además de un conocimiento superficial de los Evangelios, del catequesis y de algunos salmos, muy poco es que saben y lo más triste es que no quieren saber. Siendo llevados por el espíritu de la carne, ellos constantemente caen en el cepo que esta les pone. Y a pesar de la ausencia de la fuerza que necesitan para un buen servicio, llegan a ser “sacerdotes” totalmente ignorando, de hecho, que los apóstoles insisten en lo que los servidores de Cristo deben ser intachables:

“El episcopo, **como administrador de Dios, debe ser irreprochable** – dice el apóstol Pablo; - no arrogante, no colérico, no bebedor, no violento, no dado a negocios sucios; sino hospitalario, amigo del bien, sensato, justo, piadoso, **dueño de sí. Que esté adherido a la palabra fiel, conforme a la enseñanza, para que sea capaz de exhortar con la sana doctrina** y refutar a los que contradicen.” (Tito 1: 7-9)

Pero ¿acaso sería “capaz de exhortar con la sana doctrina” un sacerdote que no se profundiza en la esencia de la Palabra de Dios? ¿Cómo puede servir a Dios, si él, al contrario, duda de la sana doctrina *como de la doctrina disconforme con las realidades de este mundo* o simplemente no la acepta y en vez de “refutar a los que la contradicen”,

prefiere apoyarlos o, en el mejor caso, callar confundido por la falta del entendimiento? ¿Cómo uno puede servir a Dios, si oponiéndose a la llamada del apóstol Pablo a “despojarse de las obras de las tinieblas y revestirse de las armas de la luz”, intenta, al contrario, justificar su devoción a “lujurias y desenfrenos” y los cuidados de la carne convierte en las preocupaciones “para satisfacer sus concupiscencias” (Rom 13: 12-14)?

La abstención que el Señor exige de los sacerdotes, es insoportable para tales y hasta escandaloso, pues no perciben *que* están llamados a salir de la esclavitud mortal de la carne; *que* el que anda tras el mundo, anda contra Dios y por eso, como dijo el Salvador, “el amor del Padre no está en él”. Ellos no quieren reconocer que su unción, igual que cualquier otra, exige privaciones:

“Los atletas se privan de todo, - dice el apóstol Pablo; - y eso ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible. Así pues, **yo corro, no como a la ventura**; y ejerzo el pugilato, no como dando golpes en el vacío, sino **que golpee mi cuerpo y lo esclavizo**; no sea que, habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado.” (1 Cor 9: 25-27)

Aquí el apóstol Pablo destaca que su unción consiste en las acciones impropias a este mundo, es decir, en la privación de todo y en la esclavización de su cuerpo, sin las cuales no se puede conseguir la salida del estado de maldición, en el cual mantienen al hombre justamente las concupiscencias de su carne.

Lo mismo repite también el apóstol Pedro diciendo:

“Pues su divino poder nos ha concedido cuanto se refiere a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento perfecto del que nos ha llamado por su propia gloria y virtud, por medio de las cuales nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas, para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina, **huyendo de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia.**” (2 P 1: 3-4)

Entonces, ¿Cuál es el objetivo de los sacerdotes que practican homosexualismo y lesbianismo o de los adeptos de otras lujurias: huir “de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia” o vivir en esta corrupción?

Cada uno hace su propia elección. Y si esta elección contradice a la enseñanza de Jesucristo y de los apóstoles, entonces que llame su “iglesia” como quiere, excepto cristiana. Tales “sacerdotes” hacen recordar las palabras de uno de los himnos de Qumrán, cuyo autor al describir, de hecho, el estado de las iglesias encabezadas precisamente por los semejantes apóstoles falsos decía a Dios:

“...**los proyectos de Belial son de réprobos. Ellos son simplemente calculadores. Cuando te buscan es por su interés, no por tu verdad. Sus planes brotan de una raíz de absintio y de veneno.** Arrastrados por la dureza de su corazón, caminan a tontas. **Pretenden encontrarte en medio de sus ídolos.** Continúan tomando como guía justamente lo que ya los está llevando a la ruina. Pretenden encontrarte guiándose por la palabra de los profetas de mentira, de esos que no hacen otra cosa que proferir desvaríos, con labios balbuceantes, en una lengua extranjera. Hablan a tu pueblo; **pretenden con su astucia desvalorizar tus gestas. No quisieran oír tu voz ni dar oídos a tu palabra. Frente a la evidencia dijeron: ¡No es cierto! De tu camino patente [afirmaron]: ¡No es así!** ¿Qué respuesta les darás, mi Dios? Con tu poder los castigarás, sus crímenes e idolatrías recibirán su merecido, en sus propias trampas caerán.” (Himnos de Qumrán 8: Col IV: 12-18)⁷

7. <http://antepasadosnuestros.blogspot.com.ar/2009/05/los-himnos-de-qumran-1qh-qumran.html>

Además contra lo mismo advierten asimismo los apóstoles, con cuyas palabras respecto a los últimos tiempos concluyo este capítulo.

“Ten presente que en los últimos días sobrevendrán momentos difíciles; los hombres serán egoístas, avaros, fanfarrones, soberbios, difamadores, rebeldes a los padres, ingratos, irreligiosos, desnaturalizados, implacables, calumniadores, disolutos, despiadados, enemigos del bien, traidores, temerarios, infatuados, **más amantes de los placeres que de Dios, que tendrán la apariencia de piedad, pero desmentirán su eficacia.** Guárdate también de ellos. A éstos pertenecen esos que se introducen en las casas y conquistan a mujerzuelas cargadas de pecados y agitadas por toda clase de pasiones, **que siempre están aprendiendo y no son capaces de llegar al pleno conocimiento de la verdad. Del mismo modo que Jannés y Jambres se enfrentaron a Moisés, así también estos se oponen a la verdad; son hombres de mente corrompida, descalificados en la fe.** Pero no progresarán más, porque su insensatez quedará patente a todos, como sucedió con la de aquéllos.” (2 Tim 3: 1-9)